

El regalo de dios

Aún recordaba lo que su abuela le decía siempre: «las pasiones nacen y el amor se crea, justo como las biznagas, Teresa».

Ella, desde los cinco años, la había acompañado a pasear por las tardes para recoger los nerdos. Se había entretenido viéndola mientras los arreglaba y los dejaba al sol para que se secaran. La acompañaba cuando rescataban las flores de los jazmines reales aun por abrir que tenían plantados en su jardín trasero. Y estaba junto a ella las mañanas de agosto mientras preparaba las flores.

Su abuela tenía una maña realmente hipnótica, cortando la estructura de nerdo para darle esa forma de bola característica. Teresa la miraba embelesada, preguntándose si alguna vez ella podría llegar a estar a la altura.

Mientras ensartaba las flores de jazmín cerradas en las ramas del nerdo, le iba contando la misma historia que, tiempo después, supo que no era más que una invención fantasiosa de su abuela.

—¿Sabes de dónde viene esta flor, Teresa? —Así fue cómo empezó su relato la primera vez, luego era la propia niña quien le pedía que le contase la historia—. Verás, hubo una vez un emir que necesitaba desesperadamente casar a su hija primogénita, sin embargo, no encontraba pretendiente que fuera el indicado. Ella siempre les encontraba algún problema. Uno era muy soso, el otro tenía la nariz torcida, otro comía con la boca abierta...

»Lo que realmente le pasaba a la joven era que se negaba a casarse pues su corazón estaba *prendao* de los ojos esmeralda de una muchacha que servía en la Alcazaba.

»Sabido que su amor sería prohibido y que la separación era más que inminente, las jóvenes idearon un plan: trataron de convencer al emir de que la voluntad de Dios era que su hija jamás se casara. Y lo hicieron fingiendo que un *yinn* les rondaba.

En ese mismo instante, su abuela siempre hacía una pausa para explicarle que el *yinn* era, a grandes rasgos, un ser invisible que podían influir espiritualmente a los humanos, pudiendo pertenecer tanto a dios como al demonio. Tras esa pequeña pausa, reanudaba su historia:

—El supuesto ser iba dejando pistas por el palacio para que el emir las encontrase, haciendo que las puertas parecieran que se cerraban solas, que los objetos se movieran cada vez que mencionaba el tema del casamiento.

»Pero nada de eso parecía llamar la atención del emir. Las chicas tuvieron que llegar a medidas mayores y se les ocurrió una idea bastante macabra. Al principio les pareció una auténtica locura, pero la desesperación consigue que hagamos cosas inimaginables, Teresa.

La niña siempre se sentaba al borde del asiento y se agarraba con cuidado a la mesa donde su abuela colocaba las biznagas ya terminadas.

—¿Qué hicieron, abuela?

—¿De verdad lo quieres saber? —preguntó la abuela con una expresión que aseguraba que tenía un secreto muy poderoso bajo su posesión.

La niña asintió con energía ante aquella pregunta y esperaba con paciencia a que su abuela siguiera.

—Encontraron a un pobre animalito que había fallecido cerca de la Alcazaba y lo escondieron muy bien en las paredes de los aposentos del emir para que este no lograra encontrarlo nunca.

»Pronto el emir empezó a notar el olor a podredumbre que se iba adueñando de la habitación. Mientras, los demás sucesos no dejaron de parar en ningún momento. Llegó un punto en el que el emir se empezó a volver loco. Acabó por acudir a más de un profesional en el ámbito para que hiciera una limpieza, pero nada conseguía hacer que aquel *yinn* desapareciera.

»Fue el momento en el que su hija entró en el juego para calmarle: «quizás no quiere que me case», le dejó caer una tarde, sintiendo que ya no sabía qué más hacer para conseguir que su padre entrase en razón. Aunque al principio no lo creyó, la idea fue metiéndose de apoco en el hombre quien rezaba todas las noches para que le dieran una señal.

»Empezó a ver a los pretendientes de sus hijas como jugarretas que el propio *yinn* le enviaba. Lo que antes le había parecido perfecto, ahora ya no lo era tanto.

»Finalmente, el emir sentó a su hija una tarde y le contó la decisión que había tomado: no tendría que casarse. En ese mismo instante, los eventos extraños se detuvieron y el hombre pudo respirar tranquilo por fin.

»Aquella noche fue directo a sus aposentos, esperando que ya hubiera cesado el olor tan nauseabundo. Su sorpresa fue aun mayor cuando lo recibió un aroma agradable a jazmín que inundó sus fosas nasales nada más abrir la puerta. En agradecimiento, y como última jugarreta del *yinn*, las jóvenes habían dejado sobre la cama un ramillete de flores de jazmín que ellas mismas habían preparado.

»El emir pensó que aquello era la señal que le indicaba que había tomado la decisión correcta. Cuando tomó la flor entre sus manos con delicadeza no tardó en ponerle nombre a aquella maravilla, se trataba de una biznaga: un regalo de dios.

Aquella historia siempre acababa por sacarle una sonrisa a Teresa. Con el paso del tiempo, su abuela fue alargando la historia, contándole más detalles conforme la niña lo pedía y siempre lo hacía sin despegar sus ojos de las biznagas que estaba creando.

Los días de agosto se pasaban rápido, al igual que los años y Teresa tenía que ver un y otra vez cómo su abuelo y su padre se llevaban las flores al centro de Málaga.

—¿Por qué no vas tú con el abuelo? —le había preguntado una vez cuando cumplió los diez años.

—Porque el trabajo se pasa de generación en generación: su padre fue biznaguero, él es biznaguero al igual que su hijo.

Teresa seguía sin comprenderlo demasiado, pero se preguntaba cómo sería esa experiencia de poder vender una flor con un significado tan importante para ella.

Para cuando Teresa iba al instituto, se sentaba junto a su abuela y la ayudaba creando las biznagas. Aun era torpe y tardaba el doble de tiempo que su abuela en preparar las flores. Incluso sentía que no le quedaba igual de bonitas, sin embargo, ella estaba dispuesta a no desistir en su intento y a seguir practicando.

Compartían de todo durante aquellas mañanas desde hablar de lo que ocurría en las clases y todos los cotilleos habidos y por haber, hasta historias del pasado y consejos. A

pesar de que había perdido a su marido, su abuela siempre mantenía el interés y el ánimo para continuar.

Fue en aquella época en la que empezó a salir más por el centro de Málaga con sus amigas y era imposible no ver la figura del biznaguero, paseándose y vendiendo las flores que ella misma había creado.

Algo en su pecho se hinchaba con orgullo al comprobar que muchos se detenían a contemplarlas y que, al final, se acababan llevando una para regalarla. Era imposible no imaginar que ella era una biznaguera más, entregándole la flor y ese trocito de historia que la impregnaba.

Los veinte llegaron y, aunque Teresa había entrado en la universidad, no podía evitar seguir dedicando los veranos a sus flores. Ya tenía la destreza necesaria para terminar de crear la biznaga con mayor rapidez.

Cuando su padre apareció por la puerta para recogerlas, Teresa se levantó de un salto y le miró decidida. Le sudaban las manos, le latía el corazón, pero necesitaba soltarlo de su pecho, necesitaba sentir la experiencia al completo.

—Quiero vender las biznagas contigo, papá.

—Ya me acompaña tu hermano, hija.

Teresa miró al pequeño de la familia quien le dedicaba una mirada de pena. Sabía lo mucho que le apasionaba las flores y lo poco que le gustaba a él hacer aquel trabajo.

—A él no le gusta —se quejó resoplando y decidiendo, por una vez, hablar por los dos.

—Bueno, pero es lo que hay —dijo su padre queriendo poner fin a la conversación de una vez.

—¿Por qué no dejas que te acompañe? Solo una vez. —Su abuela interfirió por ella.

Teresa se giró para dedicarle una sonrisa agradecida ante sus palabras, ante su esfuerzo por alzar un poquito la voz por ella.

—Mamá... ya hemos hablado de esto. El tema está zanjado.

Y sin dejar que ninguna de las dos pudiera replicar, se marchó por donde había venido. Teresa dejó escapar un suspiro sonoro y se dejó caer en el sofá. Su abuela no habló al principio, si bien, colocó la mano sobre la de su nieta y la apretó con cariño.

—Necesito que me bajes una cosa. Está en la parte alta del armario. Es una caja grande de color azul.

Teresa asintió e hizo lo que se le pedía. Subiéndose a una silla para llegar a la parte alta del armario, pudo contemplar la habitación desde lo alto. Aun recordaba aquel tiempo en el que una neumonía había dejado postrada en la cama a su abuela durante más tiempo del que debía. Dijeron que no se repondría, pero ella demostró una vez más que era mucho más fuerte que todo eso.

La joven bajó con la caja entre los brazos y comprobó que su abuela había salido, sentándose en la silla que solía poner a la fresquita cuando el sol empezaba a descender. Teresa la imitó y se sentó mientras contemplaba las vistas que tenía del aeropuerto de Málaga. Hacía mucho que el ruido de los aviones no la molestaban.

—Ábrelo.

Teresa así lo hizo y, por su sorpresa, vio un tela suave y negra. La acarició con cuidado y la sacó, descubriendo que era una falda que tenía un poco de vuelo. Bajo la misma, había un fajín de color rojo.

—Yo también lo intenté, ¿sabes? Quise ser tan biznaguera como tú, pero mi padre no me dejó.

La nieta frunció el ceño. No entendía por qué no dejaban que ellas también vendieran las flores que creaban. Era lo justo. Era lo que todos los que se dedicaban al tema hacían.

—¿Sabes? Creo que tú y yo podemos hacer que aparezca un *yinn* en esta casa para que el año que viene les acompañes. ¿Quieres que te arregle la falda para que te quede perfecta?

El rostro de Teresa se iluminó por completo y no pudo evitar abrazar a su abuela, dándole una y mil veces las gracias por aquella idea que había venido del cuento que siempre le relataba.

El año siguiente, Teresa estaba haciendo biznagas con su abuela, la cual empezaba a tardar un poco más porque sus manos habían empezado a temblar.

—¿Alguna ha visto las llaves de la furgoneta?

—Yo no —dijo la abuela sin levantar la vista de las flores.

Teresa la miró y luego fijó la vista en su padre. Ella se encogió de hombros.

El hombre desapareció mientras seguían trabajando. Al cabo de un rato, escucharon la voz del hermano de Teresa procedente de la cocina.

—Papá, ¿por qué están tus llaves en la caja de los helados?

Teresa contempló a su abuela con una sonrisa en el rostro. La mujer no dijo absolutamente nada.

Tardaron algo de tiempo, si bien, a la edad de veinticuatro años, Teresa se puso el fajín rojo por primera vez, clavó las biznagas en la hoja de penca y puso rumbo a Calle Larios.

El ambiente era tranquilo y, a la vez, resultaba electrizante. Los turistas paseaban contemplando cada rincón, los malagueños se detenían en las tiendas contemplando los escaparates. Poco importaba el calor que hacía a aquellas horas.

A Teresa tampoco le molestó, pues una pareja se paró frente a ella y vendió su primera biznaga. Los vio marchar mientras hablaban entre ellos y apreciaban cada detalle de la flor. Algo en su interior se revolucionó y le dijo que aquello era lo que quería estar haciendo, que eso era lo que de verdad la llenaba por dentro.

Y aunque su hoja acabó vacía, Teresa sabía que amanecería con otro día de trabajo por delante y por eso se fue a dormir con una sonrisa de oreja a oreja.

La feria de Málaga daba comienzo y aquello era, según su padre, el momento clave para vender. Así que Teresa puso su mejor esfuerzo para atraer la atención de cualquier que consiguiera oler el aroma que desprendía.

Una joven de cabellos negros y rizados, de ojos verde esmeralda y con una sonrisa un tanto tímida se acercó, animada por sus amigas que se reían por lo bajo mientras la miraba desde lejos.

—Siempre me han parecido unas flores muy bonitas —le dijo mientras miraba las biznagas.

—Lo son y están cargadas de historias. Cada flor es una.

—¿En serio? —preguntó casi embelesada—. ¿Y cuáles son?

—Depende, yo creo la biznaga; ya son las personas que las regalan las encargadas de crear las historias.

Teresa nunca había podido hablar de aquellas cosas con personas de su edad. Nadie parecía lo suficientemente interesado como para oírla, pero aquella joven se veía que la estaba escuchado.

—¿Y qué crees que es mejor: comprarlas para una misma o regalarla?

—Ahí no tengo ninguna duda: regalarlas. Para algo son biznagas.

La chica le sonrió al escucharla y rebuscó en su bolso hasta encontrar lo que estaba buscando. Sacó unas monedas y se las tendió.

—Me gustaría comprar una.

Teresa aceptó el cambio y dejó que eligiera la que más le gustase. Al final se llevó una de las de en medio de la hoja y se marchó casi como si aún le quedase algo más por decir. Ella no le dio más importancia a aquel encuentro a pesar de que los ojos de la chica le habían llamado la atención.

Cuando estaba a punto de terminar su jornada, la chica de antes se acercó a ella, con la biznaga aun en la mano y se la tendió.

—Esto... —dijo con las mejillas un poco enrojecidas—. Me gustaría regalártela, si te parece bien.

Teresa se quedó unos segundos sin saber demasiado bien qué decir. Nunca jamás había pensado que alguien le fuera a regalar una flor. Jamás pensó que las biznagas podrían sorprenderlas más de lo que ya lo hacía, pero allí estaba aquella chica y su gesto

inesperado. Aceptó el regalo, dándose cuenta de que había un papel con una cuerda atado al palo de la flor. Allí estaba su nombre y su número de teléfono.

—Muchas gracias, Fátima.

—Espero... espero que nos volvamos a ver.

—Seguro que sí.

La vio marcharse de una forma un tanto atropellada, reuniéndose con sus amigas quienes la animaron por haber dado aquel paso tan atrevido.

Cuando Teresa volvía a casa, se dio cuenta de que aún quedaban algunas horas para que el sol se ocultara por las montañas. Sabía que sería incapaz de dormir, sabía que aquellos días habían sido de los mejores de su vida y que, desde ese instante, deseaba que todos los agostos estuvieran impregnados de todas esas experiencias y esas expresiones en los rostros de los demás cuando recibían aquel regalo.

La joven se detuvo frente al cementerio cuyas puertas, por suerte, aún seguían abiertas y no dudó en entrar. Paseó entre las tumbas hasta detenerse donde le interesaba. Se arrodillo para poder ver los nombres de su abuelo y su abuela. Se habían ido demasiado pronto, pero se sentía tan agradecida por haberlos tenido a su lado, por permitirles conocer ese mundo que había sido su vida.

—¿Sabes algo, abuela? —susurró mientras contemplaba la flor que le había regalado—. Creo que he encontrado a una chica de ojos verdes, quizás pueda prendarme de ella.

Pero esa no quería que fuese su única noticia. Había algo más que necesitaba contarle. Aquellos días no solo habían sido suyos, también el de su abuela. Miró la biznaga y la dejó

sobre el frasco donde descansaban otras flores marchitas, las quitó todas y dejó solo aquellas.

—Ya no hace falta que el *yinn* haga de las tuyas. Lo hemos logrado, abuela: somos biznagueras.

Dejó un beso en la palma de su mano y lo pasó sobre la lápida. Estuviera donde estuviera, estaba segura de que se sentía orgullosa de lo que ambas habían conseguido.